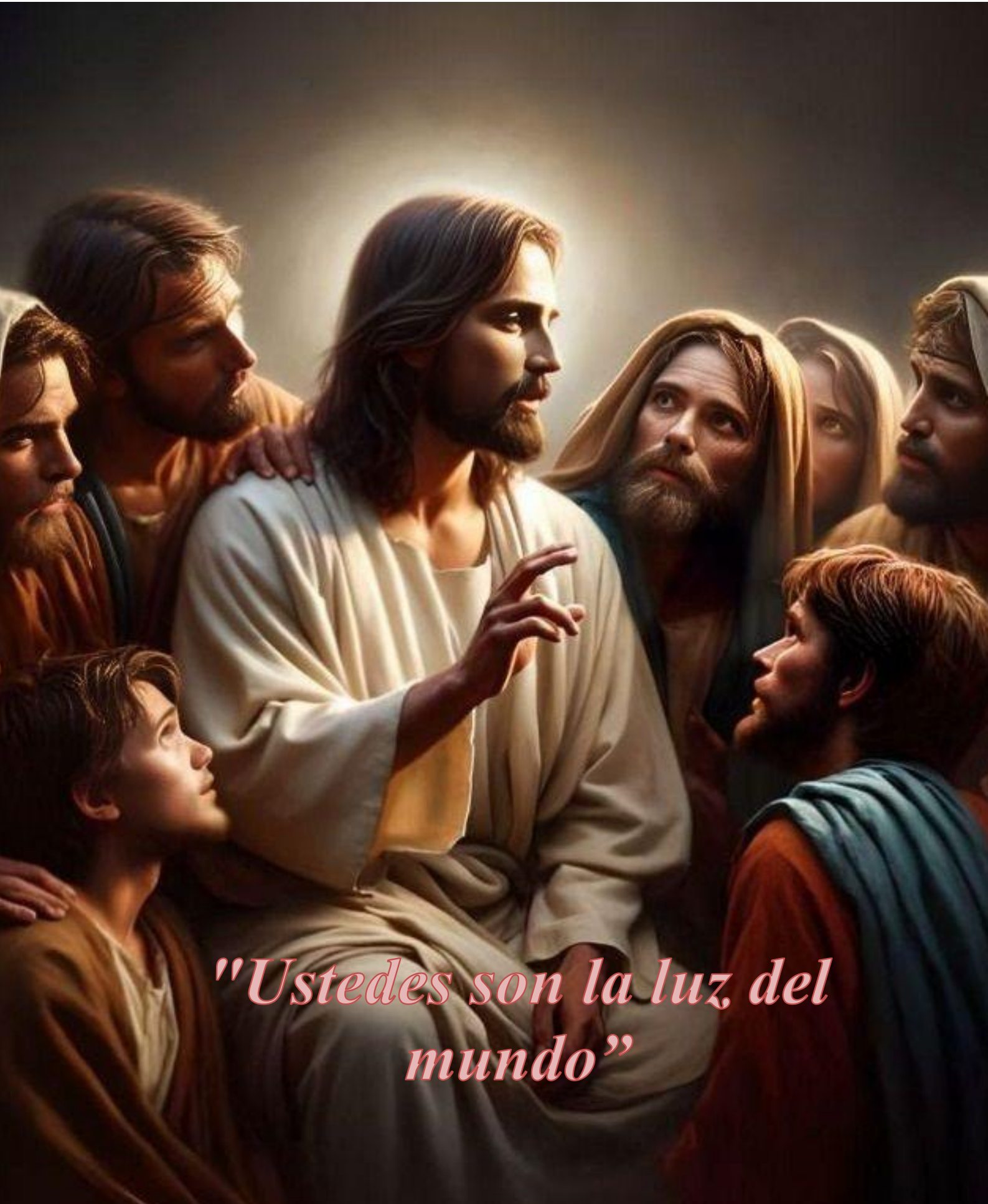




PAZ Y BIEN

V Domingo durante el año
8-II- 2026



"Ustedes son la luz del mundo"

V Domingo durante el año

8–II– 2026

Textos:

Is.: 58, 7-10.

I Cor.: 2, 1-5.

Mt.: 5, 13-16.

"Ustedes son la luz del mundo"

Hace dos domingos meditábamos sobre Jesús, luz del mundo. El domingo pasado la Liturgia de la Palabra nos ha hecho reflexionar sobre la diferencia profunda entre los valores mundanos y cristianos. Hoy estamos invitados a tomar conciencia de nuestra identidad y misión, estamos invitados, por Jesús, a irradiar con nuestras obras, con nuestra vida, la luz del Evangelio, para ser así la sal y la luz de la tierra.

Ser sal y luz es nuestra vocación y misión, especialmente en un mundo y cultura que ha perdido la sal de la verdad y vive, a pesar del gran desarrollo científico y tecnológico, una profunda oscuridad por negar la verdad de Dios y del hombre y de la mujer.

La Palabra de Dios es una exhortación a la evangelización. En la primera lectura, el profeta Isaías invita a los miembros del Pueblo de Dios a testimoniar su fe con las obras concretas que den razón de su esperanza y de su amor.

En el Evangelio el Señor llama nuestra atención sobre nuestra *identidad*: son sal y luz, y *misión*: para el mundo. Debemos salar nuestra vida, nuestras instituciones, nuestras familias, y todo el mundo para evitar la corrupción y alumbrar para vencer las tinieblas de la mentira y de la maldad.

"Ustedes son sal de la tierra", nos dice Jesús; y nosotros sabemos que la sal es muy útil para muchas cosas en la vida de los seres humanos y para otras criaturas; pero especialmente porque ella evita la corrupción, por ejemplo, de la carne (pensemos en nuestros antiguos saladeros); pero ¿por qué los discípulos de Jesús son comparados con la sal? *"Creo – dice Orígenes – que como la sal preserva a la carne de corromperse en mal olor y gusanos y hace que sea utilizable por más tiempo, y si no, no duraría, de la misma manera los discípulos de Cristo sostienen este mundo y vencen*

sobre el mal olor de los pecados que proceden de la idolología...y de la fornicación” (Fragmentos sobre el Ev. de Mateo, 91).

Hoy se habla bastante de *corrupción*, sobre todo en lo que concierne a la actividad política, pero sabemos que donde hay un corazón humano es posible la corrupción, y *“toda corrupción social es fruto de un corazón corrupto...No habría corrupción social sin corazones corruptos”* (Mons. Bergoglio); ya que, nos enseña Jesús, *“lo que sale del hombre eso es lo que contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y contaminan (corrompen) al hombre”* (Mc. 7, 20-23).

El Señor no solo nos recuerda nuestra *identidad*: *“Ustedes son sal de la tierra”*, sino que nos pone por delante nuestra *misión*: *“son sal para el mundo”*; *“porque ustedes – viene a decirles – no han de tener en cuenta solamente sus vidas, sino la de toda la tierra. A ustedes no los envío, como hice con los profetas, a dos ciudades, ni a diez, ni a veinte, ni siquiera a una sola nación. No. La misión se extenderá por la tierra y el mar, sin más límites que los del mundo mismo”* (San Juan Crisóstomo, Homilía sobre el Ev. de Mateo, 15, 6).

La sal también está vinculada con la sabiduría. San Cirilo de Alejandría *“llama sal a la prudencia, de la que está llena la palabra evangélica, que una vez sembrada en nuestras almas establece en nosotros la palabra de la sabiduría y que por su sabor agradable y su gracia se le parece”*, y agrega: *“Por eso, del mismo modo que sin sal no es comestible ni el pan ni el pescado, de igual modo sin la inteligencia e instrucción apostólica toda alma es sosa, insulsa y no grata ante Dios”* (Fragmentos sobre Ev. de Mateo, 41).

El Señor culmina esta referencia a la sal con una pregunta no ausente de cierto dramatismo: *“Si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la volverá a salar?”*. Si como discípulos del Señor perdemos *“el sabor”*, no solo seremos inútiles para la misión, sino que nos hacemos inútiles para el mundo y para el Reino. Uno de los Padres nos pone el trágico ejemplo de *Judas Iscariote* que estaba llamado a ser sal; pero después que hubo rechazado la divina sabiduría *pasó de apóstol a apóstata* (cfr. Cromacio de Aquileya, Comentario al Ev. de Mateo, 18, 4, 1-2).

Cuando los cristianos dejamos de ser sal, somos como la higuera estéril (cfr. Mt. 21, 18-19), muchas hojas y pocos frutos.

La luz es la segunda figura, que emplea Jesús para hablarnos de nuestra *identidad y misión*; y nos llama “*la luz del mundo*” porque, iluminados por Él, que es la luz verdadera y eterna, nos hacemos también luz en las tinieblas. Pues como Él, es el sol de justicia, no sin razón da también a sus discípulos el nombre de luz del mundo, para que manifestemos la luz de la verdad y pongamos en fuga de los corazones humanos las tinieblas del error (cfr. Cromacio de Aquileya, Comentario al Ev. de Mateo. 19, 1, 1-2).

En definitiva, el Señor nos invita a **no guardar la bondad del Evangelio para nosotros mismos**, y nos recuerda que estamos llamados a compartirlo. Lo que se opone a esta invitación, es cuando vivimos mirándonos el ombligo, cuando nos hacemos como el bicho bolita, nos volvemos hacia nosotros mismos “*ahorrándonos*” el diálogo con Dios, con los hermanos e incumpliendo la santa voluntad del Señor. Esto le pasa al mundo pero también nos puede pasar a nosotros, a nuestras instituciones, nuestras familias, y entonces nos corrompemos. “*En la base de toda actitud corrupta – dice Mons. Bergoglio – hay un cansancio de trascendencia*” y frente a Dios que no se cansa de perdonar, de llamarnos, de enviarnos, de amarnos; nosotros nos encerramos y damos la espalda a este Padre amoroso.

Dios desea asociarnos a Su misión, pero nosotros solemos dejarlo de lado y generamos una “*misión*” a nuestra medida y nos decimos: “*lo haremos a nuestro modo*”, y es entonces que, por nuestra infidelidad, perdemos el sabor y mengua nuestra luz.

Hermanos, el verdadero cristiano no es tal solamente por sí mismo, sino que es *instrumento* de difusión de la fe: sal de la tierra y luz del mundo. Somos gente enviada, somos gente que tiene una misión. “*Todo el pueblo de Dios, es un pueblo enviado y el anuncio del Evangelio es un compromiso de todos los cristianos, como consecuencia del Bautismo*” (Benedicto XVI, Verbum Domini, 94).

Debemos reconocer, observaba con claridad San Pablo VI, que el compromiso por la evangelización “*se está volviendo cada vez más necesario, a causa de las situaciones de descristianización frecuente en nuestros días, para gran número de personas que recibieron el bautismo, pero viven al margen de toda vida cristiana; para las gentes sencillas que tienen una cierta fe, pero conocen poco los fundamentos de la misma*” (E.N. 52).

El desafío de la evangelización quedó expresado en la Carta Magna del Anuncio del Evangelio a los hombres de hoy, que es la *Evangelii Nuntiandi*, escrita por San Pablo VI. También expresaba esta

preocupación San Juan Pablo II proponiéndonos una “*nueva evangelización*”, que él profundiza sistemáticamente en muchas intervenciones. Y Benedicto XVI, siguiendo en el camino de esta preocupación pastoral, constituyó el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización. Pero todo esto no sirve de mucho si no encuentra eco en el corazón de todos los católicos, en la diócesis, en las parroquias y sobre todo en las instituciones de apostolado laico que, muchas, han perdido su dimensión misionera, olvidando que “*evangelizar es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda*” (E. N. 14).

Por último San Pablo, en la segunda lectura, nos enseña cómo se anuncia el Evangelio; él teme difundirlo “*con sublime elocuencia*” o “*con persuasiva sabiduría humana*”, difundir una luz falsa, “*una luz que no remitiría la fe de la comunidad a la fuerza y a la luz de Dios ni construiría sobre ella*” (Von Balthasar). Si así obramos, y a veces lo hacemos, no seríamos una luz que alumbra en el sentido de Jesucristo y quien se pone sobre la luz de Dios, la apaga inmediatamente por falta de aire.

La acción evangelizadora no debe ser una autorreferencia, somos testigos de la Luz, no somos la Luz. La evangelización no debe ser fruto de la “*sabiduría humana*”, sino de la “*demostración del poder del Espíritu*”.

Pidamos al buen Dios *la capacidad de llevar a otros la fe*, que en el fondo es el fruto, capacidad de convertir a otros, de comunicar el amor de Dios; que comprendamos que “*la entrega de nosotros mismos a Dios se manifiesta en la capacidad de donar también a los demás esa chispa de amor por el Señor que Él ha puesto en nosotros*” (Card. Martini); que nos haga útiles a sus planes, que no generemos solo hojas sino frutos. En definitiva, que podamos sentirnos partícipes del anhelo de salvación del Señor Jesús, de la misión que Él encomienda a toda la Iglesia (cfr. Benedicto XVI, L’ Oss. Rom. N° 4, 23.1.2011).

Amén.

G. in D.